tas (1); pero no balancearian el número de los ejemplos contrarios. Abranse nuestras memorias, y se hallarán en ellas á cada página las verdades mas duras, y frecuentemente muy injuriosas, prodigadas á los reyes, á los nobles y á los sacerdotes. El francés jamás se ha sujetado servilmente al yugo; siempre se ha indemnizado, por la independencia de su oponion, de las trabas que le imponian las formas del gobierno monárquico. *Los Cuentos* de Rabelais, el tratado de la *Esclavitud voluntaria* de la Beocia, los *Ensayos* de Montaigne, la *Sabiduría* de Charron, las *Repúblicas* de Bodin, todos los escritos en favor de la Liga, y el tratado en que Mariana llega hasta el estremo de defender el regicidio, prueban bastantemente que no es de hoy el querer examinarlo todo. Si fuera el título de ciudadano, mas bien que el de vasallo, el que formase esclusivamente un historiador, ¿en qué consiste que Tácito, Tito Livio mismo, y aun entre nosotros el obispo de Meaux y Montesquieu, han dado sus lecciones severas bajo el imperio de los señores mas absolutos de la tierra? Sin duda que censurando lo malo y alabando lo bueno, aquellos grandes ingenios no creyeron que consistiese la libertad de escribir en atacar á los gobiernos, y en trastornar las bases del deber. Si hubieran hecho un uso tan pernicioso de sus talentos, seguramente les hubieran hecho callar Augusto, Trajano y Luis; pero esta especie de dependencia, ¿lejos de ser un mal, no es un bien? Cuando Voltaire estuvo sujeto á una censura legítima, nos dió un *Cárlos XII y el siglo de Luis XIV*; pero cuando rompió el freno de la obediencia, no abortó sino el *Ensayo sobre las costumbres*. Hay verdades que son el orígen de los mas grandes desórdenes, ponen en movimiento todas las pasiones; y sin embargo, á no ser

(1) Véase la nota CC al fin del tomo.

que una legítima autoridad nos cierre la boca, son las que mas nos gustan revelar, porque satisfacen á un mismo tiempo la malignidad de nuestros corazones corrompidos por la caida original, y nuestra primitiva inclinacion á la verdad.

CAPITULO V.

Hermosa perspectiva de la historia moderna.

Ahora será justo considerar el reverso de las cosas, y manifestar que la historia moderna aun podia ser interesante si la manejase un talento superior. El establecimiento de los francos en las Galias, Carlo-Magno, las cruzadas, la caballería, una batalla como la de Bovines, la accion naval de Lepanto, un Coradino en Nápoles, un Enrique IV en Francia, y un Cárlos I en Inglaterra, forman, cuando menos, épocas memorables, costumbres singulares, sucesos famosos, y catástrofes trágicas. Pero en lo que principalmente debiera fijar su atencion el historiador moderno, es en la mudanza que obró el cristianismo en el órden social: el Evangelio, dando nuevas bases á la moral, modificó el carácter de las naciones, y creó en Europa hombres totalmente diferentes de los antiguos, por las opiniones, los gobiernos, las costumbres, los usos, las ciencias y las artes. Y ¿cuántos rasgos característicos nos ofrecen las naciones modernas? Aqui se ven los germanos, pueblos en que la corrupcion de los grandes jamás influyó sobre los pequeños, donde la indiferencia de los primeros para con la patria, no impidió á los segundos el amarla; en fin, pueblos donde el espíritu de rebelion y de fidelidad, de es-

clavitud y de independencia, no se ha desmentido jamás desde el tiempo de Tácito.

Allá se ven esos industriosos bátavos, que tienen entendimiento por su buen sentido, ingenio por su industria, virtudes por su indiferente calma, y pasiones por razon.

La Italia con sus cien príncipes y sus magníficos recuerdos, contrasta con la Suiza, oscura y republicana.

La España, separada de las demas naciones, presenta aun al historiador un carácter mas original: la especie de estancamiento de costumbres en que reposa, le será tal vez útil algun dia; y cuando los demas pueblos europeos estarán ya como envejecidos por su corrupcion, ella sola podrá presentarse con brillo en la escena del mundo, porque aun subsistirá en ella el fondo de las costumbres antiguas.

El pueblo inglés, mezcla de la sangre alemana y francesa, descubre por todas partes su doble orígen. Su gobierno, compuesto de monarquía y aristocracia; su religion menos magestuosa que la católica y mas brillante que la luterana; su milicia pesada y activa á un mismo tiempo; su literatura y sus artes; en fin, su lenguage, su fisonomía, y hasta su misma figura corporal, todo participa de los dos principios de que dimana. Reune á la sencillez, á la calma, al buen sentido, y á la lentitud germánica, el brillo, los arrebatos, y la viveza del genio francés.

Los ingleses tienen el espíritu público, y nosotros el honor nacional; nuestras bellas calidades son mas bien dones del favor divino, que frutos de una educacion política; y semejantes á los semidioses, participamos menos de la tierra que del cielo.

Hijos primogénitos de la antigüedad los franceses, son romanos por el genio, y griegos por el carácter. Inquietos y mudables en la felicidad, constantes é

invencibles en la adversidad; formados para todas las artes; civilizados escesivamente durante la calma del estado; groseros y salvages en las revoluciones políticas; flotantes como navíos sin lastre á merced de todas las pasiones; tan pronto en los cielos como en los abismos; entusiastas del bien y del mal, haciendo el primero sin exigir reconocimiento, y el segundo sin sentir remordimiento; no acordándose de sus delitos ni de sus virtudes; amantes pusilánimes de la vida durante la paz, y pródigos de sus dias en las batallas; vanos, burlones, ambiciosos, y á veces rutineros y novadores, despreciadores de todo lo que no es suyo; individualmente los mas amables de los hombres, y los mas fastidiosos de todos en cuerpo; encantadores en su propio pais, é insoportables en el estraño; ya mansos é inocentes como un cordero, ya crueles y feroces como un tigre: tales fueron los atenienses antiguos, y tales son los franceses modernos.

Comparadas las ventajas y desventajas de la historia moderna y antigua, tiempo es ya de recordar al lector, que si en general los historiadores antiguos son superiores á los modernos, sufre no obstante esta verdad muchas escepciones.

Gracias al genio del cristianismo, vamos á mostrar que en historia el talento francés ha llegado casi á la misma perfeccion que en los demas géneros de literatura.

CAPITULO VI.

Voltaire historiador.

«Voltaire, dice Montesquieu, no escribirá jamás una buena historia: es como aquellos monges, que no escriben para el asunto de que tratan, sino para la

gloria de su órden. Voltaire escribe para su convento.»

Este juicio, aplicado al *Siglo de Luis XIV* y á la *Historia de Cárlos XII*, es sobrado riguroso; pero muy justo en cuanto al *Ensayo sobre las costumbres de las naciones* (1). Dos nombres sobre todo, los de Pascal y Bossuet, aterraban á los enemigos del cristianismo. Era, pues, necesario atacarlos, y procurar destruir indirectamente su autoridad. A esto se debió la edicion de Pascal con notas, y el *Ensayo* que se pretendia oponer al *Discurso sobre la historia universal*. Mas el partido antireligioso, por otra parte muy hábil, jamás incurrió en tan grave error, ni preparó mayor triunfo al cristianismo. ¿Cómo no advirtió Voltaire, teniendo tan buen gusto y un discernimiento tan cabal, cuan peligroso era luchar contra un Bossuet y un Pascal cuerpo á cuerpo? A él le sucedió en la historia lo que le sucedia siempre en la poesía; y es, que declamando contra la religion, sus mas bellas páginas son precisamente las páginas cristianas, y en prueba de esto, véase el retrato que hace de San Luis.

«Luis IX, dice, parecia un príncipe destinado á reformar la Europa (si hubiera sido posible), á hacer triunfante y mas civilizada la Francia, y á ser en un todo el perfecto modelo de los hombres. Su piedad, que era la de un anacoreta, no le quitó virtud alguna de rey. Una sábia economía nada privó á su liberalidad. Supo hermanar una política profunda con una justicia exacta, y es tal vez el único soberano que merezca esta alabanza. Prudente y firme en el consejo; intrépido en los combates, sin jamás escederse; compasivo, como si siempre hubiera sido desgraciado, no es dado al hombre llevar á mas alto grado la virtud..... Acometido de la peste delante de Túnez...., hizo que le tendiesen sobre la ceniza, y murió á la edad de cincuenta y cinco años, con la piedad de un religioso, y con el valor de un grande hombre.»

(1) Una palabra escapada á Voltaire en su *correspondencia*, muestra con qué verdad histórica y con que intencion escribió dicho *Ensayo*. «He procurado, dice, ridiculizar los dos hemisferios: este golpe es seguro.» *Año* 1754. *Corresp. gen.* tom. V. pag. 94.

En este retrato, por otra parte tan elegante, ¿ha procurado Voltaire, cuando habla del anacoreta, rebajar y humillar á su héroe? Es indudable; pero notad como se equivoca: precisamente el contraste de las virtudes religiosas con el de las virtudes guerreras, y el de la humildad cristiana con la grandeza real, hace aqui lo dramático y lo hermoso de la pintura.

El cristianismo realza necesariamente el brillo de las pinturas históricas, desatando, por decirlo asi, los pensamientos de la tela, y haciendo recordar los colores vivos de las pasiones sobre un fondo tranquilo y dulce. Renunciar á su melancólica y tierna moral, seria renunciar al único nuevo medio de elocuencia que nos han dejado los antiguos. No dudamos que si Voltaire hubiera sido religioso, sobresaldria en la historia; no le falta mas que la gravedad; y sin embargo de estas imperfecciones, es tal vez despues de Bossuet, el primer historiador de la Francia.

CAPITULO VII.

Felipe de Comines, y Rollin.

Un cristiano reune eminentemente todas las calidades que exije un antiguo en el historiador...; esto es,

buen sentido para las cosas del mundo, y una espresion agradable (1).

Felipe de Comines, como escritor de vidas, se parece particularmente á Plutarco; pero su sencillez todavía es mas franca que la del biógrafo antiguo. Plutarco no tiene comunmente mas que el buen carácter de ser sencillo; sigue sin obstáculo un pensamiento, pero no es mas que un amable impostor con ciertos rasgos sencillos.

Tiene ciertamente mas instruccion que Comines; pero no obstante, el viejo señor galo, con el Evangelio y la fé que tenia en los ermitaños, dejó, á pesar de su ignorancia, algunas memorias llenas de gran doctrina. Entre los antiguos era menester ser docto para escribir; pero entre nosotros, un mero cristiano dedicado únicamente al estudio del amor de Dios, ha compuesto á veces un admirable volúmen; por esta razon dijo San Pablo: *El que sin caridad piensa ser ilustrado, nada sabe.*

Rollin es el Fenelon de la historia, y como éste ha hermoseado el Egipto y la Grecia. Los primeros volúmenes de la *Historia antigua* respiran el genio de la antigüedad. La narracion del virtuoso rector es copiosa, sencilla y tranquila; y el cristianismo enterneciendo su pluma, le añade alguna cosa que conmueve las entrañas. Sus escritos descubren por todas partes aquel *hombre de bien, cuyo corazon es una fiesta contínua*, segun la maravillosa espresion de la Escritura (2). No conocemos obra alguna que tranquilice el espíritu con mas dulzura. Rollin esparció sobre los delitos de los hombres la calma de una conciencia sin remordimiento, y la ardiente caridad de

(1) Luciano, *Como se ha de escribir la historia*, traduccion de Racine.

(2) *Ecles.* cap. XXX, v. 27.

un apóstol de Jesucristo. ¡No veríamos jamás renacer aquellos tiempos en que la educacion de la juventud y la esperanza de la posteridad se confiaban á semejantes personas!

CAPITULO VIII.

Bossuet historiador.

Mas donde puede conocerse cuanto influye el genio del cristianismo en el genio de la historia, es en el *Discurso sobre la historia universal*. El obispo de Meaux, político como Tucídides, moral como Jenofonte, elocuente como Tito Livio, y tan profundo y tan gran pintor como Tácito, tiene ademas de todo esto un estilo grave y un carácter sublime de que no hay ejemplo, escepto el del principio del libro de los Macabeos.

Bossuet es mas que historiador; es un padre de la iglesia, es un sacerdote inspirado, en cuya frente se ven á menudo rayos de fuego como en la del legislador de los hebreos. ¡Qué exámen hace de la tierra! ¡á un tiempo mismo se halla en mil lugares diferentes! patriarca bajo la palma de Tofel, ministro en la córte de Babilonia, sacerdote en Memfis, legislador en Esparta, y ciudadano en Atenas y en Roma, muda de tiempo y de sitio cuando quiere; y pasa con la rapidez y la magestad que pasan los siglos. Con la vara de la ley en la mano, y con una autoridad increible, arroja al sepulcro delante de sí, indistintamente judíos y gentiles; viene finalmente él en persona y en seguimiento del convoy de tantas generaciones, y marchando apoyado en Isaías y Geremías, entona sus

lamentaciones proféticas entre el polvo y las ruinas del género humano (1).

La primera parte del *Discurso sobre la historia universal* es admirable por la narracion, la segunda por la sublimidad del estilo y la sutil metafísica de las ideas, y la tercera por la profundidad de ideas morales y políticas. ¿Se halla por ventura en Tito Livio ni en Salustio cuando tratan de los antiguos romanos, cosa alguna mas bella que estas palabras?

«El fondo de un romano, digámoslo asi, era el amor de su libertad y de su patria: una de estas causas le hacia amar la otra; porque amando su libertad, amaba tambien á su patria, como á una madre que le educaba en unos sentimientos igualmente generosos y libres.

«Bajo este nombre de libertad se figuraban los romanos y griegos un estado en que nadie estuviese sujeto sino á la ley, y donde la ley fuese mas poderosa que nadie.

Al oirnos declamar contra la religion, pudiera creerse que un sacerdote es necesariamente un esclavo, y que antes de nosotros nadie ha sabido discurrir dignamente acerca de la libertad; pero léase á Bossuet en el artículo de los griegos y romanos.

¿Quién habló mejor que él de los vicios y de las virtudes? ¿quién con mas exactitud estimó y pesó las cosas humanas? De cuando en cuando se le escapan algunos rasgos de que no se encuentran modelos en la elocuencia antigua, y que nacen del mismo genio del cristianismo. Por ejemplo, despues de haber ponderado las pirámides de Egipto, añade: por mas esfuerzos que hagan los hombres, su nada aparece por todas partes. Estas pirámides eran unos sepulcros: aun aquellos mismos reyes que las erigieron no tu-

(1) Véase la nota D D, al fin del tomo

vieron poder para enterrarse en ellas, ni disfrutar de su sepultura (1).

No se alcanza que cosa es aqui superior, si la grandeza del pensamiento, ó la fuerza de la espresion. La palabra *disfrutar*, aplicada á un *sepulcro*, manifiesta á un mismo tiempo la magnificencia de este lúgubre depósito, la vanidad de los Faraones que le erigieron, la rapidez de nuestra existencia, en fin, la increible nada del hombre, que no pudiendo poseer en la tierra otro bien real que el sepulcro, aun se ve privado algunas veces de tan estéril patrimonio.

Aqui es de notar que Tácito habló tambien de las pirámides (2), y su filosofía no le suministró cosa alguna comparable con la reflexion que inspiró la religion á Bossuet; influencia bien notable del genio del cristianismo sobre el pensamiento de un grande hombre.

El mas hermoso retrato histórico de Tácito, es el que hace de Tiberio; pero le oscurece el de Cromwel; porque Bossuet es tambien historiador en sus oraciones fúnebres. ¿Qué diremos del grito de alegría que levanta Tácito, hablando de los bructeros que se degollaban á la vista de un campamento romano? «Gracias á los dioses tuvimos el placer de mirar este combate sin mezclarnos en él. Como simples espectadores vimos, no sin admirarnos, degollarse sesenta mil hombres para nuestro recreo. ¡Ojalá que las naciones enemigas nuestras, ya que no nos amen, conservasen entre sí en sus corazones un odio eterno! (3)»

Oigamos á Bossuet:

«Despues del diluvio fué cuando aparecieron

(1) *Discurso sobre la Hist. univ.* 3.ª parte.
(2) *Ann.*, lib. II, 61.
(3) Tacit. *Costumbres de los germanos*, 35.

aquellos devastadores de las provincias, llamados conquistadores, los cuales, impelidos de la sola gloria de mandar, esterminaron á tantos inocentes... Desde entonces la ambicion juega sin límite alguno con la vida de los hombres, llegando á tal punto la locura, que se matan sin aborrecerse: el colmo de la gloria y la mas brillante de todas las artes ha sido la de matarse unos á otros (1).»

Difícil es dejar de adorar una religion que establece una diferencia entre la moral de un Bossuet y la de un Tácito.

El historiador romano, despues de haber contado que Trasilo habia pronosticado el imperio á Tiberio, añade: «Segun este y otros hechos, no sé si las cosas de la vida están..... sujetas á las leyes de una inmutable necesidad, ó si dependen únicamente de la casualidad (2).»

Síguense á esto las opiniones de los filósofos que Tácito refiere con mucha gravedad, dándonos á entender que daba credito á las predicciones de los astrólogos.

La razon, la sana moral y la elocuencia, nos parece que están en favor del sacerdote cristiano.

«Este largo encadenamiento de causas particulares que hacen y deshacen los imperios, depende de las órdenes secretas de la divina Providencia. Desde lo mas alto de los cielos empuña Dios las riendas de todos los imperios, y tiene todos los corazones en su mano. Unas veces enfrena las pasiones, otras las deja rienda suelta, y de este modo conmueve todo el género humano.... Conoce la sabiduría humana, escasa en todas partes; la ilustra, estiende sus miras, y despues la abandona á su ignorancia: la ciega, la precipita, y la confunde por sí misma: ella se confunde y embaraza con sus propias sutilezas, sirviéndole de lazo sus mismas precauciones.... Dios es quien prepara los efectos en las causas mas remotas, y el que descarga aquellos terribles golpes, cuyo retrueno se oye tan lejos.... Mas, ¡no se engañen los hombres! Dios cuando quiere, endereza y encomienda el sentido estraviado; y aquel mismo que se burla de la ceguedad de los otros, llega á caer en mas espesas tinieblas, sin haberse de necesitar otra cosa mas ordinariamente que mas largas prosperidades para trastornar del todo el sentido.»

¡Cuán pobre es la elocuencia de la antigüedad en comparacion de esta elocuencia cristiana.

(1) *Discurso sobre la Hist. univ.*
(2) *Ana.* lib. VI, 22.